

de su capital, la de su bello sexo y otra multitud de buenas cualidades que posee.

Pero que algunos pocos escritorzuelos elogien su país y sus cosas, haciendo una odiosa comparacion con los demás sin conocerlos, no se puede tolerar, porque eso significa una audacia sin límites ó una ignorancia supina que manifiesta el ningun conocimiento que tienen del estado respectivo de los diferentes Estados americanos.

Termino la presente, amiga mía, porque se ha alargado demasiado; en otra te contaré algunas cosas mas de este país. Adios.

Buenos Aires, Marzo 10 de 1880.

QUERIDA MARIA:

Muchos meses hace que no te escribo, y debes extrañarlo con razon; pero en los primeros de mi permanencia en esta ciudad, estuve aislado, triste, sin relaciones, á causa de que no habiendo traído ninguna carta de recomendacion de Chile, por no haber encontrado persona conocida que me la proporcionara, porque las que pudieran, para las que llevaba buenas cartas de San Francisco, como al señor Benjamin Mackena y otros, no se hallaban

en Santiago ni en Valparaiso á causa de la guerra, esta fué la causa de que cayera en Buenos Aires, como suele decirse, como llovido del cielo.

Me dirás que ¿por qué no me daba á conocer como artista anunciándome por los periódicos ó exhibiendo algun cuadro de mi coleccion?

A esta pregunta responderé: que sabiendo que la sociedad de Buenos Aires era completamente refractaria en el gusto por las Bellas Artes, no quise exhibir ninguna pintura que no fuese mas bien un retrato de persona notable y conocida, que en éste sí se fijarian mejor, como sucede en todos nuestros países de América, en los que aún no llega ese exquisito gusto, esa tendencia por el arte que hace que hasta el mas humilde europeo se fije en cualquier pintura ó estatua y que los ricos abran sus arcas para pagarla á peso de oro.

Yo deseaba retratar en esta ciudad á una señorona de la alta sociedad ó á un caballero que perteneciera á la clase mas distinguida para así darme á cono-

cer; pero, como dije ántes, me faltaba una carta de recomendacion ú otra persona que me introdujera en alguna de las primeras casas, porque en mi orgullo de artista y de mexicano, rechazaba la idea de que me confundieran con tantos pintores aventureros que ó hacen un mamarracho ó despues de hacer el retrato de una persona distinguida, sin pizca de delicadeza tienen la audacia de presentar la cuenta junta con el retrato, perdiendo así la reputacion hasta de hombre decente y desacreditando á otros que, con mejores intenciones se presentaran en lo sucesivo y fuesen desairados por las personas.

El temor de un chasco semejante, me retraia de presentarme en alguna casa formulando mis pretensiones, y este fué el motivo por que en los tres ó cuatro primeros meses despues de mi llegada á esta ciudad, estuviere melancólico y de un humor insoportable, porque, en razon de la inmensa distancia que me separaba de mi país y que yo seguia gastando mis fondos, ya me pa-

recia que terminaban éstos y caía en la mendicidad, impidiéndome en adelante con mas motivo, presentarme con algun decoro para ejercer mi profesion, y entónces, ¡ah! no sé qué haria.

Estas lúgubres ideas me atormentaban dia y noche en casa, en la calle y en todas partes, en donde solamente encontraba caras extrañas, gentes desconocidas, y la misma situacion que guardaba me hacia entrever una perspectiva aterradora y exclamar interiormente:

¡Se ha eclipsado mi estrella, acabó la fortuna que siempre me ha acompañado!

En estas circunstancias, se presentó en casa un caballero distinguido, el señor coronel Ignacio Garmendia, adorador del arte, que noticioso de que en la ciudad existia un artista mexicano, formó el designio de conocerlo y ver sus obras.

Efectivamente, sabiendo yo el motivo que lo llevaba á mi habitacion, le enseñé algunos cuadros que su amabi-

lidad juzgó regulares, y de este modo nos hicimos muy amigos y poco mas tarde me llevó á su casa y me presentó á su familia.

Mi malestar seguia en tanto, y éste mismo me impedia discurrir que este señor me presentase en alguna otra casa para elegir persona á quien retratar, porque aunque su señora es hermosa y tenia regulares vestidos, yo deseaba fijarme en otra que los tuviera mas ricos, y magníficos muebles para ejecutar un cuadro que hiciera mi reputacion en Buenos Aires.

Me habian hablado de una señorona que pertenece á una de las primeras familias de este país y de esta ciudad, como que es nieta del famoso Rosas que fué presidente de la República Argentina, conocido en América y Europa; me dieron de la referida antecedentes muy honrosos diciéndome: "que hacia pocos meses que habia regresado de Paris, en donde habia permanecido diez y ocho años: que era una persona que poseia un exquisito gusto por las artes;

que en Buenos Aires era la dama que daba el tono en la alta sociedad y, por último, que era amiga íntima del presidente de la República y llevaba grandes relaciones con los ministros y con la mayor parte de la gente encopetada.

Con estos antecedentes lisonjeros, me formé de la señora Eduarda García, que así se llama, el mas alto concepto, considerando, que una persona que amaba el arte, tendria corazon y acogeria tal vez mis pretensiones de hacer un buen retrato de ella misma, supuesta la noticia que tenia yo de que era hermosa y poseia buenos elementos; una mañana, sin esperar mas que se presentara una persona que me proporcionase una carta de introduccion para dicha señora García, tomé mi álbum artístico y las cartas que debian haber sido presentadas en Chile, y me dirigí valientemente á la casa: llamé, se presentó un lacayo á la puerta, le di mi tarjeta para que me anunciara y fui introducido.

Entré á un gran salon cuadrado, per-

fectamente tapizado y decorado, y allá, en uno de los extremos y junto al balcón, estaba sentada una señora como de treinta y cinco años de edad, de alta estatura, hermosa y de un porte majestuoso, con un vestido fantástico, como los que usaba Laura, la amante del Petrarca.

Era la señora Mancilla de García, esposa del general de este nombre.

Despues de saludarla y presentarle mis respetos, manifesté mi demanda en los siguientes términos:

—Señora, soy un artista mexicano llegado hace pocos dias á esta ciudad: circunstancias fortuitas causadas por la guerra de Chile y el Perú, me han hecho llegar á esta República, sin una carta de recomendacion, sin un antecedente que me acredite como artista y no como un aventurero ante algunas personas honorables de esta ciudad y, teniendo noticia del amor que usted profesa al arte y de lo benévola que es para con los artistas, me he tomado la libertad de presentarme á usted sin los au-

tecedentes indispensables que me acrediten como tal, trayendo únicamente estas cartas para personas de Chile que manifestarán quién soy, y mi álbum....

—Esto último me será suficiente, exclamó la señora García interrumpiéndome; porque en efecto amo el arte, soy entusiasta por los artistas y yo también pretendo pertenecer á su gremio.

—¡Oh, señora! cuánto me felicito de encontrar á una persona tan honorable cuyos sentimientos y corazón se inclinan á favorecer al arte y los artistas.

Abrió la señora García el álbum, y después de haber leído algunas líneas de uno de los periódicos de Nueva York, me felicitó por la honrosa acogida que había yo tenido en esa ciudad.

Yo le conté entonces las más notables peripecias de mi viaje á las repúblicas del Sur y que la guerra de Chile y el Perú me había lanzado prematuramente á las costas de la República Argentina, sin cartas de recomendación y.....

—No tenga usted cuidado, que yo lo presentaré á mis mejores amigos; mañana mismo, si usted quiere, le harémos una visita á Avellaneda, que es el presidente de la República, y después le pondré en contacto con los ministros que vienen á aquí con frecuencia.

—Gracias, señora, le contesté: lo que desearia antes de recibir los favores que con tanta generosidad me brinda, sería el de permitirme sacara yo su retrato, pues, además de que deseo con él manifestar á usted mi gratitud, servirá al mismo tiempo para que sus amigos puedan juzgarme en esta línea.

—Con mucho gusto, me contestó la señora García; aunque siento que el original que usted elije no se preste para que usted sacara un buen partido y pudiese usted manifestar sus dotes de artista; pero, mañana mismo ó cuando guste, puede usted comenzar y me dirá el traje que debemos elegir.

No podía yo haber oido proposición mas á mi gusto, y arreglamos que al

otro día volvería yo para hacer un croquis y elegir el traje mas conveniente.

A tu consideracion dejo, María, lo encantado que quedaria del bello carácter de esta adorable persona, por la bondad de su recepcion, sus proposiciones para presentarme á los individuos mas prominentes del país y de la capital, por su bello talento y trato social, así como por su carácter abierto y franco: era una artista completa en su modo de expresarse, tanto en el género de ideas que presentaba como por el calor y estilo con que las desarrollaba.

Habló del carácter de la sociedad de su país, un poco de la política, mucho de pintura, de música, que más tarde tuve ocasion de verla sentada al piano y oirla cantar una romanza con tanta maestría, con tal sentimiento, como la artista mas consumada; estas magnificas cualidades unidas á una arrogante figura de reina, hacen de la señora García, una mujer encantadora y de tal atractivo, que no quisiera uno separar-

se de su lado y estarla mirando y escuchando horas enteras.

Tendrás curiosidad, María, en saber ¿por qué hallé á Eduarda vestida con el traje de la bella amante del Petrarca, y yo satisfago esa curiosidad manifestándote: que esta es una de las fantasías de artista que tiene, ó si se quiere, una de las extravagancias del talento; pero que le sienta sobremanera, y ella tiene placer en ponerse esta clase de trajes en el interior de su casa, como podria vestir cualquier otro.

Escribe tambien con mucho *sprit* y es una de las mejores literatas de Buenos Aires.

En fin, la señora Eduarda Mancilla de García, es la mujer del gran mundo, artista y literata; por eso está siempre al tanto de las exigencias sociales y no es de esas notabilidades orgullosas que se pagan del poco mérito que poseen y se encierran en su personalidad.

El marido, que es el General García, se halla hoy en Inglaterra en comision del gobierno argentino para la construcción

de unos monitores y otros vapores de guerra; mientras su señora lo espera en Buenos Aires, siendo en tanto la delicia de sus amigos y la amante madre de familia en su tranquilo y feliz hogar.

Espero que me perdonarás, amiga mía, me haya extendido, tal vez, más de lo regular en esta digresión que me atañe personalmente, desentendiéndome de la narración de los viajes; pero como mis cartas tienen un carácter íntimo, creo que alguna que otra vez podré hablar algo de mí y más cuando en algún episodio de los que figuran en el viaje, éntre algún personaje, como el de mi apreciable amiga la señora García, que si se quiere, es un tipo remarkable en la sociedad argentina, y se le debe citar por su talento y muy bellas cualidades como un modelo de lo digno de imitarse; así como, por estas pocas líneas en que la menciono, deseo manifestar un ligerísimo rasgo de mi gratitud por los mil favores que me dispensa.

Pasando á otra cosa te diré: que án-

tes de salir de la República Argentina, deseo, ya que en Buenos Aires no he podido conocer las costumbres nacionales por ser esta ciudad un maremagnum de extranjeros y ser ellos los que imponen su carácter á la población, como dije ántes, pasar á conocer las provincias, y esto lo pondré por obra dentro de tres días, saliendo por el ferrocarril del Norte para embarcarme en el Paraná ó sea el río de la Plata.

Pero ántes de cerrar esta carta y salir de la ciudad, te voy á transmitir ligeramente la manera de solemnizar aquí el carnaval, que es muy distinto de como se solemniza en México, Roma y la Habana.

Con algunos días de anticipación, se miran muchas tiendas con los aparadores ó sobre el mostrador llenos de pomos de diversos tamaños conteniendo aguas de olores para jugar con ellos al carnaval.

Estos pomos no son otra cosa que los de estaño, en donde vienen los colores de Europa, pero que en lugar de éstos,

están llenos de esas aguas y el agujerito ó boca es mas reducida para que, apretando, salga un chorrito igual al de una pequeña geringa; los hay desde mas de una cuarta hasta cinco pulgadas.

Llegado el deseado domingo de carnaval, ya toda la gente que ha de jugar está preparada.

Las calles por donde debe formar paseo la concurrencia, se adornan con cortinas y otras colgaduras, así como con arcos ó tubos de gas para la iluminación, colocados de trecho en trecho.

Suenan las dos de la tarde y acto continuo rompe el carnaval los límites que lo sujetaban desde hacia un año.

De todas las casas y de los sitios de ocches salen millares de carruajes abiertos, con tres ó cuatro lindas jóvenes, acompañadas unas veces de algun varon, llevando una especie de tabletilla ó abanico de vidrio para cubrirse de los cho-

ros, de las cascadas de agua de olor que les cae encima de todas partes.

Los viajeros de los carruajes llevan, por su parte, canastos ó cajones llenos de tubos ó frascos de diversas dimensiones, con los que á su vez riegan al público de lo lindo, á la sazón que pasa un caballero acabado de vestir de limpio y que en un segundo parece que ha salido de una acequia ó le ha caído un chubasco torrencial.

Los ó las que están en los balcones, llevan la ventaja en estos aguaceros artificiales por el axioma aquel de "las gallinas de arriba....." etc.; por consiguiente, cuando pasan damas ó caballeros por las aceras ó en los vehículos, dirigen la puntería de su geringa disimulada y, allá va, quedan los infelices paseantes mas mojados que un pollo cuando le despluman.

Generalmente estos juegos del agua de olor, son de un sexo con el otro y jamás de un hombre con otro, y lo mismo con las señoras.

Lo que me chocó y desagradó alta-

mente, fué ver á unos leperillos (aunque en Buenos Aires no los hay) que puestos en pié á la orilla de las banquetas, esprimieran sus tubos, tal vez de agua simple, sobre las señoras que pasaban en sus carretelas, empapándolas de arriba á abajo.

Comprendo que las señoras y los señores jueguen á carnaval con agua de flores; pero, que las clases bajas se mezclen en estos juegos, no parece muy conveniente.

No solamente en el paseo se verifican estos juegos, sino en cualquiera otra calle y entre personas desconocidas al encontrarse unas con otras; en las casas, en los hoteles y tal vez hasta en la iglesia.

En «La Ancla de Oron» donde yo vivo, hay dos muchachas de la familia del administrador, traviesas y juguetonas, y en el carnaval que acaba de pasar, era de ver cómo ponían á los huéspedes al llegar de la calle ó al salir de sus cuartos acabados de vestir: los espiaban tras de alguna puerta ó una co-

lumna con el tubo preparado y, cuando ménos pensaban aquellos, ¡paf! caía el chubasco sobre ellos, empapándolos de los piés á la cabeza.

Por los barrios, la cosa era aún mas exagerada, porque al pasar los wagones urbanos por aquellas calles, salian individuos de las casas con grandes cubetas ó valdes de agua y los arrojaban á toda la concurrencia que iba dentro, hombres, mujeres y niños.

¡Vaya un carnaval dichoso!

Me decido mas bien por el de Roma, en donde se botan hombres y mujeres con una especie de cal con pequeñas piedresitas que llaman confites, á riesgo á veces de sacarse un ojo; pero opto mas bien por perder éste, que no por un tabardillo que me dé con un aguacero de agua de olor ó simple que me caiga, estando caliente y sudando.

El tercer dia del carnaval como á eso de las cinco de la tarde, cuando el paseo estaba mas animado, se soltó un pampero que levantó una gran polva-

reda, y como toda la concurrencia que se paseaba iba empapada de agua, se adhirió en ella el polvo, y aquí del verdadero carnaval de caras y vestidos llenos de fango y chorreando lodo negro por todas partes.

Este es el carnaval de Buenos Aires, que remata en bailes en los teatros y en las casas, pero que no lucen en él los lindos vestidos de los máscaras ni los ménos hermicosos del bello sexo, por tener que andar bajo una nube tempestuosa de agua que los averie en las calles y aún debajo de los techos.

Todas las señoras se ponen vestidos blancos sencillos y esto quita á la diversion una parte de su belleza; no así en la Habana, que no se juega con agua ni con cal y es de ver el gran lujo que despliegan todas las clases en el paseo, además del lujoso y brillante de las máscaras.

Con estas últimas líneas termino los apuntes que ligeramente te doy del carnaval en esta ciudad, y te ofrezco que cuando haya yo llegado al Rosario

para donde parto mañana, te escribiré, contándote lo más notable que vea yo en la travesía y mis impresiones de aquella ciudad.

Adios.

LIBRERIA M. G. S. S. S.